



Presentación

En un momento tan particular como el que estamos transitando, la *Revista Argentina de Investigación Educativa (RAIE)* de la Universidad Pedagógica Nacional dedica su segundo número a pensar la educación, el futuro y las utopías. Algo tan necesario como ausente, acaso como síntoma de un presente en el cual se consumen distopías, aunque paradójicamente y no hace tanto tiempo, el futuro venía cargado con promesas de progreso y bienestar.

La apuesta de este segundo número ocurre, por cierto, a la salida de la Covid-19 que amenaza con extender un poco más su influencia con una nueva ola de contagios, aunque menos dañinos que los anteriores. La pandemia fue una experiencia de escala mundial que explicitó la fragilidad de los equilibrios vitales y puso en evidencia la exposición colectiva a lo que algunos especialistas llaman “accidentes normales”. Al mismo tiempo, dejó en claro que la ciencia avanza con una rapidez nunca antes experimentada, al punto de transformar en poco tiempo y por

completo nuestra idea del universo y de nosotros mismos. La contracara de ello es que en la era de la tecnología, en la que se absolutiza el criterio de utilidad, esta ya no se presenta como un discurso más ni como una interpretación del mundo entre otras, sino como la realidad misma. Por medio de este artilugio, la tecnología se ofrece como fin sin que tengamos más interés que ponernos a su servicio. A riesgo incluso de no poder encontrar otro horizonte pregnante respecto de un destino colectivo que no sea el desarrollo tecnológico.

El salto científico y tecnológico es tan abrupto en términos de un cambio en la matriz de pensamiento que urge, no solo su comprensión, sino la disposición a imaginar un futuro que sea el porvenir de todos y todas. En estos días, en las marquesinas de la ciudad puede verse expuesto el estreno de una película local que lleva una leyenda, como bajada de su título: *Un futuro es necesario*.

Contra la ideología del presente, que se expande como una mancha, un



futuro es necesario. El mundo está atravesando una transformación histórica que requiere coordinadas políticas y temporales para hacer posible su comprensión y organizar las disputas en curso. Particularmente en sociedades como las nuestras, que se reconocen convulsionadas por el avance de las nuevas derechas, de los irracionismos y de los fundamentalismos de distinto cuño. Donde el poder del capital financiero e informacional a nivel global es hegemónico y el papel de la deuda pública y privada es un manifiesto mecanismo de regulación y dominación. Cuando la mercantilización de los espacios sociales se ofrece como un común denominador de la vida cotidiana. Donde la extremadamente desigual distribución de los ingresos, del acceso a la tierra y a la vivienda no reconoce fronteras, haciendo del futuro un espejo para reflejar las frustraciones de sectores sociales que se ven empujados a la supervivencia diaria, postergando o imposibilitando tanto sus condiciones más básicas como la proyección de sus vidas.

Desde la *República* de Platón pasando por *Utopía* de Tomás Moro hasta *Una utopía moderna* de H. G. Wells, la educación juega un rol central a la hora de proyectar el futuro. Ahora bien, en el plano de la imaginación educativa, el siglo XX estuvo particularmente interesado en proponer proyectos alternativos y críticos a la escuela tradicional. La escuela nueva

con Dewey o la de Summerhill con Neill, la desescolarización de Illich o la pedagogía como práctica de la libertad de Freire, fueron solo algunos de entre los muchos intentos por ofrecer propuestas renovadoras que pusieron en cuestión los métodos de enseñanza, el rol de los maestros y de los profesores y el sentido político-pedagógico de la escuela y la educación públicas. Estas “utopías de reconstrucción”, según la clasificación que Lewis Mumford popularizó en *The Story of Utopías* de 1922, contienen tanto una crítica a la sociedad de la época cuanto un intento por “descubrir las potencialidades que las instituciones existentes o bien ignoran o bien sepultan bajo la vieja corteza de costumbres y hábitos”.

En *¿Qué pasó con la confianza en el futuro?*, un breve opúsculo que el antropólogo Marc Augé publicó en 2011, se pregunta si es posible un mundo sin finalidades. Claramente no lo es. El mundo supone en sí mismo dotación de sentido. De allí que *un futuro es necesario* y que nuestra época necesite de utopías. La ideología del presente trabaja contra la historización disolviendo el interés por el pasado y la imaginación del porvenir. Recuperar el tiempo como esperanza es una de las tareas a las que puede contribuir el trabajo intelectual. El segundo número de la *Revista Argentina de Investigación Educativa* que tienen entre manos intenta ser una primera aproximación a ello.

Adrián Cannellotto

Rector de la UNIFE